

dijo:—Vete con las señoras, mi Nona, anda.

La reunión perdía su "carácter;" hacia la cabecera, vecino á Rafael, narraba el administrador proezas cinegéticas, que sus interlocutores escuchaban con tedio manifiesto; pero al otro extremo, el alcohol comenzaba á mostrar sus impertinencias. Levantábanse los hombres por parejas, por grupos, en la temblona mano el vaso colmado que se derramaba, con el que se accionaba torpemente; entre los labios las palabras soeces, que salen truncas y á trompicones; en los ojos, llamaradas de antiguas y olvidadas rencillas y rivalidades, que resucitaban y pedían cuentas y daban sentimientos; en las espaldas del amigo un brazo cayendo con pesadez, más por recobrar el equilibrio que por prenda de amistad. Un prólogo de borrachera sorda en cerebros rudimentarios, á los que el alcohol antes que espiritualizar entenebrece y predispone á los actos peores; la borrachera de los primitivos, que aviva las penas acumuladas en muchos años y sacude en la memoria los reñores y malas voluntades

que en ella reposaban amodorrados. Ya se oía lo de:

—Mire compadre, yo me he aguantado porque soy harto hombre, pero yo me muero donde quiera y sé ser amigo de los amigos...

Era el preludio de la universal y eterna sinfonía del odio á nuestro semejante; de ese odio que llevamos todos en las entrañas y que en cuanto la educación ó el egoísmo se aletargan y los instintos despiertan, brota fresco y homicida, cual si la raza humana de veras descendiera de Caín y la herencia de sangre se mantenga íntegra, viva y maldita obligando reñir ó matar, á siempre matar al prójimo que desde muy adentro se aborrece.... De un rincón de la enramada, en donde otro grupo de hombres medio agachados no permitía mirar lo que miraban ellos, salió un dulcísimo arpegio de guitarra y una voz de tenor joven é inculto, entonó:

"He de llegar á tí, no importa cuándo, aunque pongas el cielo entre tú y yo...."

Y Rafael, á quien sin duda le volvían sus tristezas, púsose en pie y con fingida alegría, exclamó alto:

—Vaya, al corral todo el mundo, que también yo quiero colear esta tarde.

Amotinados ante la grata nueva, partieron todos, refrescados como por encanto aunque las cabezas no anduvieran muy firmes; en cambio, bríos y arrestos abundaban no digo para colear, para derribar un monte con los puros puños. En un santiamén requirieron cabalgaduras, les apretaron los cinchos y treparon en ellas desordenadamente, con más gritos que por la mañana, hostigando á los caballos, que desesperados de no derribar á sus dueños, se alborotaron fuera de medida. Los honores de la tarde, correspondieron en primer término á Marcos, que hizo verdaderos primores, en segundo á Rafael, y en tercero al tañedor de guitarra; sin por esto significar que el resto no figurara á estimable altura. Lo que sí notaron todos, con ser rústicos y hallarse alcoholizados, fué que Rafael al excederse en el desempeño, hacía como poseído de escondida rabia, como quien anhela aturdirse y no lo consigue:

—¡Abranse, ábranse!... no me lo espan-

ten!....—decía en su persecución al novillo partido de estampía; y la persecución resultaba frenética, insensata, exageradas las reglas y exponiéndose á peligros. Dentro de la nube de espeso polvo veíanse pasar en carrera desenfundada al torete y al amo, tan próximos uno de otro, que el caballo tocaba con su hocico entreabierto las ancas del becerro; Rafael, embriagado por la misma carrera, muy inclinado su cuerpo hacia adelante, encima casi del tendido cuello del overo, azotaba á éste abandonándole la brida para con la otra mano poder asir la cola de la res que la comprimía fuertemente contra las piernas y que á él se le resbalaba de los dedos; Rafael entonces lanzaba gritos inarticulados, salvajes, palabras oídas desde niño y que el ejercicio reclama:

—Ora toro chulo!.... ora lindo!.... jú, jú, juy!....

Sin curarse Marcos de prohibiciones, no lo dejó solo; corría á la par suya del otro costado del animal "haciéndole lado," en términos rancheros, para obligar á la res á seguir camino recto é impedir así que en

una repentina revuelta lastime ó mate al charro que la acosa. Y hasta que avistaba el buen momento, el momento preciso, aconsejaba al amo.

—Alcese ora, niño!.... No la suelte!.... háblele al overo!.... ¡ésa es cola!....—decía por fin cuando Rafael después de seguir sus indicaciones, se enrollaba la cola en los dedos de la mano, en la pantorrilla y acción derechas, y haciendo adelantar todavía más á su caballo, derribaba al toro, que por el suelo rodaba dando dos ó tres tumbos y quedándose con las cuatro patas al aire.

Todo agitado y sudoroso reuníase Rafael á Marcos, los caballos de entrambos empapados en sudor. Los demás paisanos, frente á ejemplo tan elocuente, acudían en tropel á reclamar becerros para ellos.

—Te noto triste, Marcos, qué tienes?....

—Mi tristeza es de años, patrón, pero su mercé ya está malito otra vez—repúsole Marcos á Rafael, para demostrarle que advertía su artificial entusiasmo y que adivinaba la causa.

Así era en realidad; Marcos andaba tris-

tón aunque sin causa aparente, y Rafael, que se suponía muy aliviado de su sacrilego amor por sor Noeline, atravesaba una de sus frecuentes crisis de desesperación, que traían consigo un morboso afán de aniquilamiento. Determinó la crisis el preludeo de canción escuchada en la enramada; ¿por qué no había de llegar hasta ella, como la canción rezaba, aunque el mayor obstáculo se pusiera entre los dos? Desde aquel instante le fué simpático el cantor, tanto más cuanto que en el coleadero tenía demostrada excepcional pericia y arrojo. Le mejoraría su suerte, dentro de seis meses ó un año ó al día siguiente, y lo que es esa noche, cuando la luna saliera, si salía, llevaríase consigo, solos los dos, allá junto á los arcos de la presa cuyas cataratas de agua, con su formidable ruido, diríase que lo alejan á uno del resto de los vivientes, y muy juntos, tumbado Rafael al pie de uno de los álamos centenarios, mirando á las nubes ó mirando más bien la imagen de sor Noeline, idealmente encuadrada por ellos, le pediría la caución una vez, muchas

veces, hasta quedarse dormido con sus armonías, con las del agua, muy dormido, muy dormido.....

—Oye, Marcos, llámame á ese muchacho que coleó el primer toro, ¿quién es?

—Encarnación Fúnez, niño—contestó Marcos que se separó un poco del amo y gritó con fuerza:

—Encarnación!... que te llama el amo!...

Y con Encarnación se vino un grupo de jinetes á suplicar á Marcos que coleara con ellos los últimos becerros.

—No, ya no puedo,—replicó Marcos sombrío,—me brinca el corazón y siento que me *hogo*. Acaben Uds. y apriesita ¿eh?, que ya va á obscurecer; conque, trabájenle....

Ante excusa tan inverosímil, por alegarla quien la alegaba, los otros tornáronse tercios:

—Pero, mire el amo, don Marcos que no quiere colear y eso que es número uno....

—Es posible, Marcos?—terció Rafael dándole una palmada en sus fornidas espaldas—¿te dan ya asco los toros?

—Asco?... Ah qué suerte!..... Vamos pues,—añadió quebrando su caballo y arri-

mándole las espuelas,—pero mi palabra de honor que éste es el último que coleo.

¿Sería corazonada?... La tarde se acababa; el sol muy bajo ya, arrojaba tonos de oro viejo sobre crestas, picachos, alturas de la hacienda y torre de la iglesia; hundíase poco á poco, cual si le doliera marcharse á iluminar otros horizontes, y en cada minuto prolongara colores y caricias. En el corral de encierro apenas si quedaba una media docena de novillos, lastimados aún y azorados de la jornada en que tanto habían sufrido, ansiosos de reposo ante la puesta del sol que se acercaba, mas de reposo allá en su dehesa desierta y bien oliente, encima del pasto verde, entre sus parientes y amigos. De entre ellos, había un berrendo en negro y bayo, de malísima catadura, chato, irascible, impaciente, de tres años lo menos, que recorría el corral, bastante desahogado ahora, á paso menudo y colérico, deteniéndose de cuando en cuando para volver la cara rumbo á sus montes, á los que mandaba un mugido imponente, largo, lastimero, recomenzando luego su paseo.

—¿Cuál le echamos, don Marcos?
¿quiere al *Chato* que se está muriendo de coraje?

—Échenmelo, pero con ganas, á ver si yo le asiento las costuras—contestó Marcos, y pasó su mano por el peseuezo de su prieto. Rodeaban todos á Marcos, Rafael inclusive, pues era una gloria verlo travesear. Encarnación, apalabrado ya por el amo para cantarle á solas su romanza, pidió ser él quien había de “hacerle lado” al maestro de ellos, al que los enseñara desde pequeños á encariñarse con el ganado y á adorar y cuidar á los caballos.

—¿Le hago lado, don Marcos?

No hubo tiempo para la respuesta, pues el *Chato* salía ya echando chispas, coces y bufidos. De un bote formidable del prieto, Marcos “se le emparejó”, hermosísimo á pesar de sus años, clásico en movimientos y ademanes, dueño de su vista y de su penco, confiado, risueño, expansivo:

—A su salud, mi amo!.....—gritó á Rafael que de lejos y á media rienda, seguía la interesante escena. Marcos se agachó hasta

más allá del extremo de la cola de la res, se agachó mucho, con coquetería de experto y veterano en el ejercicio, seguro de cosechar aplausos, de seguir siendo el primero de los primeros. Iba ya á enredarse los dedos, alzaba ya su pierna derecha,—con lo que el equilibrio disminuye notablemente,—y en la rapidez con que tales sucesos acaecen, vióse cómo de súbito el novillo se volvió á Marcos, quien abierto de brazos y con caballo y todo, allá fué á dar, en lo que llaman salto del carnero, quedando en tierra desparrado y sin sentido. El novillo olió la tierra en el surco marcado por la caída, largó un corcovo, y al trote, continuó su marcha hacia la salida, irresponsable del mal causado, inocente, insensible, contento. Á un solo impulso apeáronse Rafael y los rancheros; llegó á Marcos, andando torpemente á causa de las espuelas conforme apresuraban el paso, en tanto que sus caballos en completa libertad, se agruparon tirándose mutuos mordiscos y soltando un relincho que otro.

El sol, arrepentido de sus perezas por las

que había presenciado el bárbaro golpe, se hundió de pronto.

—Un zarape, cúbrele la cara con un zarape—se decían aquellos hombres, mientras Rafael muy pálido, buscábale el pulso á Marcos sin que el pulso pareciera.

—Anda toro *rejego!*—murmuró Encarnación llorando casi—¡Mal haya el alma que te parió!....

Y lejos ya, escuchábase el rebramar del *Chato*, su mugir habitual, de bestia inocente que se aproxima á la querencia.

Improvisadas unas angarillas y acolchadas con varios zarapes, acomodaron en ellas el descoyuntado cuerpo de Marcos, que al decir de los que lo levantaron, “parecía un costal de huesos;” y en procesión tristísima, fantástica por las sombras del atardecer, salieron del recinto de la fiesta, paso á paso, con la cabeza descubierta algunos, como si Marcos ya hubiese muerto.

Sin reparar en la hora, Rafael despachó á muchos mozos en busca del médico y del cura hasta el pueblo vecino, distante de la hacienda unas cinco leguas de quebrado camino.

—Llévenlo á la casa, á la mejor cama,—recomendaba el amo,—pero no hagan ruido, que no vaya á enterarse la Nona.

¡Cómo no había de enterarse si la noticia cual luz de relámpago, había recorrido la finca entera! En la puerta de la casa, lloraba Nona imitando á las demás mujeres, y en cuanto descubrió á Rafael, lo llamó azorada:

—¿Qué tiene Marquitos, papá? ¿Verdad que no se ha muerto?....

—No mi Nona, no se ha muerto, ¿quién dice eso?, viene muy enfermito porque se cayó del caballo.... No lo veas,—agregó al notar que la chiquilla tiraba de las mantas—déjalo ahora, que descanse.....

Marcos no se movía ni respiraba apenas; sólo cuando trataron de desvestirlo, después de acostado cuidadosamente en cama de hierro y con dos colchones,—una de las que ocupaban los invitados que Rafael llevaba de México,—sólo entonces Marcos se quejó y exclamó con trabajos, en voz muy queda:

—Agua!.....

Y eso fué todo, pues volvió á sumirse en

su sopor y ni las gotas que de un lienzo humedecido le exprimieron en los mal cerrados labios, tragó siquiera. Resbalábanle limpias, redondas y cristalinas por las comisuras y se le perdían entre las recias canas de su bigote gacho. Rafael no se apartaba de su lado, declaró que no cenaba y en sus idas y venidas de la habitación al patio, sacando su reloj para fingirse que la tardanza de cura y médico se abreviaba, se decía á sí mismo:

—¿Seré yo el responsable de esta muerte? porque se muere mi pobre Marcos, se muere sin remedio.... él no quería colear ¿lo habrá hecho agujoneado por mi broma? ¿estaré yo maldito por mi amor á sor Noeline y empezará Dios á castigarme?.....

Por un instante, hasta se arrepintió de haber conocido á la monja y prendándose de ella; sus ideas de rico ignaro convertían el imprevisto acontecimiento en maravilloso aviso: los amores malditos producen cosas semejantes. Si no deseaba ver en su alrededor la desolación y la ruina, devastadas

sus heredades y tronchadas las vidas de sus próximos, de su propia Nona quizá, debía desterrarse el afecto diabólico, borrarle para de una vez, resueltamente.

La hechicera imagen de sor Noeline, ante estos remordimientos, desvaneciase, se alejaba, y el cuitado de Rafael la miraba menos exacta, con indecisos perfiles de ensueño, distante é imposible.....

La robusta naturaleza de Marcos venció al sopor; despertó y con su despertar viniéronle dolores en todas partes, el menor movimiento hacíalo quejarse; la fiebre, una fiebre intensa, entre delirios y lucideces púsolo inquieto, preguntón y tierno; refrescósele la memoria; hablaba con sábanas y almohadas de sucesos antiquísimos que nadie recordaba. Se organizó la velada y aunque los más se quedaron á acompañar al enfermo, las fatigas del día, la inveterada costumbre de no trasnochar y algunos residuos alcohólicos, no enteramente evaporados, dieron al traste con los cariñosos propósitos y el sueño fué apoderándose de los veladores, que roncaban en muebles y

rincones. Los que en realidad velaron á Marcos resultaron ser Rafael, principalmente, Manuela, la cuñada del administrador y Encarnación el cantor. Deliraba Marcos con la Nona, como si el afecto inmenso que la profesaba y al que no daba suelta por respeto hacia Rafael, ahora, con las proximidades de la muerte, rompiera ligaduras y artificios y saliera franco, inagotable, ternísimo, aprovechando los postreros instantes para decir en ellos, aunque con prisas y tartamudeos, lo callado de otros días. Rafael que oía aquella explosión, agradecíala por un lado, haciéndosele muy duro, por el otro, privar al viejo servidor de la presencia de su ídolo. Al propio tiempo, temía que la exquisita sensibilidad de su hija se resintiera mayormente con el fúnebre cuadro, y en pensar si se la llevaba al moribundo, en echar pestes contra la tardanza de físico y sacerdote y en aumentarse lo que él creía su culpabilidad, pasó la enorme noche, noche de campo, y con la aurora al fin, sonaron en el patio herraduras y ladridos. Mientras el cura hízose abrir la capilla,

en la que depositó la hostia, cuidadosamente conducida por él mismo desde el pueblo dentro de segura y pequeña caja de lata, el facultativo se llegó al enfermo, lo examinó y dió su sentencia.

—El golpe es mortal y nada tengo que hacerle; que se confiese y resígnese Ud., mi señor don Rafael, á perder á un servidor excelente.

Emocionadísimo Rafael, se acercó á Marcos, que con la mañana parecía haber recobrado el sentido y darse cuenta de los sucesos.

—Marcos ¿me oyes?.... ¿sí?.... bueno, pues dice el médico, fíjate bien, que aunque tu caso no es desesperado, sería prudente que te confesaras, porque nadie puede asegurar nada,.... pero si no quieres, no,.... ¿quieres confesarte?....

—Sí quiero, patrón, sí quiero.... porque siento que ya esto se acabó.... Y á Ud., amo, le ruego que me conceda un favor muy grande, ¿me lo hará?.... es el último, le juro que es el último.... ¿me lo concede?....

Rafael, de fijo más acobardado que el que

iba á morir, sin lograr desterrar el remordimiento que lo perseguía á la manera de necio moscardón que vuelve y vuelve á molestarnos así sacudamos la cabeza ó con las manos tratemos de retirarlo, Rafael prometió conceder lo que le pidieran; pues además, quería de veras al viejo criado.

—¿Qué era ello?

—Que me traigan á la niña Nona,—respondió Marcos cerrando los ojos como para no ver el signo negativo con que sin duda iban á contestarle,—un ratito no más, amo, por la gloria de su mamacita! mirarla un ratito y.... besarla.... —añadió en tono perceptible apenas, cual si solicitara una temeridad.

—Voy á traértela! —prorrumpió Rafael decidiéndose.

Y Marcos quedóse inmóvil, respirando con fatigas, sus ojillos de anciano y de enfermo grave, muy metidos dentro de las órbitas, muy quietos, muy fijos,—según acostumbraba ponerlos en medio del monte para distinguir lo que se le figuraba, lejos, muy lejos....! Los que estaban próximos

á la cama, pretendieron después que lo habían oído rezar.

La Nona, igual á todo niño excesivamente nervioso, á pesar de las protestas y garantías de Rafael, penetró en la estancia entre asustada y sonriente, algo trémula, asida á la mano de su padre y con un dedo en la boca.

—¿Cómo te sientes, Marquitos? ¿te duele mucho tu golpe?—le preguntó al amigo de su niñez.

Un estremecimiento visible recorrió el cuerpo de Marcos al escuchar esa voz, tardóse algo en contestar y con más presteza de la que era de suponérsele, sin un quejido, sin un gesto, se volvió á la Nona.

—Mi Nona! mi almita!.... permita Dios que seas más dichosa que la misma suerte! —exclamó á modo de conjuro, y luego le tendió la mano:

—¿No te da miedo cogérmela?....

—¿Miedo! ¿Por qué había de darle miedo?.... Y la chiquilla, en quien triunfaron á la vez su afecto por Marcos y su ignorancia de la muerte, reaccionó y ya

muy risueña y confiada, fué y se echó en el mismísimo borde de la cama. Algo reanimó al hombre la presencia de la Nona, veíala, veíala de hito en hito, cual si quisiera aspirarla, confundirse con ella.

—¿Y por qué estás tan viejito, Marcos?
—le preguntó la Nona admirada de hallárselo, en efecto, envejecido notablemente, cual si en lugar de varias horas hubieran pasado por él varios años.

—Pues..... porque ya me voy.....
—gruñó Marcos sin cesar de mirarla.

Nona se rió ante la profunda frase, cuyo verdadero significado no entendió y que supuso una broma. Hallándose en el estado en que se hallaba, ¿á dónde podía ir?

—Mentiroso, mentiroso, ¿dónde te vas si no te has de levantar hasta que no te alivies?.....

—Ahí verás—insistió Marcos—me voy muy lejos..... mira..... allá..... —Y estiró su brazo hacia lo alto, rumbo á montes y nubes.

—¿A dónde, Marquitos?—le dijo Nona que con marcado interés había seguido la

inclinación del brazo—¿á la sierra?.....
¿qué frío!..... Lo que es yo no dejo que te vayas..... ni mi papá tampoco.....
pobrecito de tí.....

—No, si no es en la sierra, es más arriba..... ó más abajo..... no sé..... sólo Dios sabe!—terminó Marcos conmovido.

—¿Y no has de volver nunca?—interrogó la Nona, retirándose amedrentada unos cuantos pasos.

—No, nunca,....—repuso Marcos enjugándose con grandísimo esfuerzo dos gruesas lágrimas—pero desde allá (*y tornó á señalar el misterioso lugar*) te he de cuidar lo mismo que aquí te he cuidado..... más todavía.....

Leonor y Marcos mantenían su charla en moderado tono, en tanto que las mujeres alistaban un altar y los hombres allegaban flores que desmenuzaban en el piso del cuarto. Rafael, sentado en el poyo del zaguán, contemplaba tontamente estas maniobras silenciosas y lúgubres. Qué diferencia en menos de un día! ¡tan contentos ayer, y hoy.....! La campana de la capilla sonó de improviso; unos muchachos hasta

la torre encaramados, creyeron indispensable un repique.

Con sólo el alba sobre su sotana y un breviario entre las manos, apareció en la puerta de la capilla el cura del pueblo, recién desmontado del caballo y después de depositada en el inseguro tabernáculo del ara rural de la hacienda, su caja de lata con las formas aún por consagrar. Rafael se puso en pie y los muchachos de la torre se apaciguaron.

—¿Muy apenado, mi señor de Bello?.....

—Mucho, padre, mucho.....sobre que hasta me parece que yo soy el responsable de su muerte!

—Vamos, don Rafael, destierre Ud. esa aprehensión; ya me contaron lo que Ud. le dijo. Esto es una desgracia y nada más; si Ud., nada le dice habría sido igual. Conformémonos, don Rafael, conformémonos ante la voluntad suprema, y, con su permiso, paso á verlo..... Eh! ustedes! (*á los de la torre*) no se escondan, sinvergüenzas y llamen á misa!

—¿Pues, qué, va Ud. á decir misa, padre?

—Es preciso, don Rafael, para darle á Marcos la comunión y que siquiera el pobre se nos vaya bien despachado

Jamás se supo si la confesión de Marcos fué tan larga porque tenía rezagos gordos ó porque en su gravedad creciente las palabras le brotaban con singular trabajo. En cuanto terminó, entró de nuevo en quietud y mutismo; apenas un ronquido muy vago que de la garganta se le escapaba, dió á conocer á los presentes que el mayordomo de campo andaba en sus postrimerías. Resolvió el cura que no comulgara, por temor á bascas* y boqueos, y únicamente lo oleó, frente á numeroso concurso,—casi todos los moradores de la hacienda,—piadosamente arrodillados. La Nona, nerviosísima, contemplaba la escena en los brazos de Rafael que lloraba al par de los humildes, las mujeres y los hombres de la finca que ni alarde ni secreto hacían de su lloro.

De improviso, cuando las plegarias subían ya de tono con murmullos de oleaje, Marcos intentó incorporarse y preguntó elaradamente:

—¿Dónde está la niña Nona?.....

La Nona, toda temblorosa, se abrazó al cuello de Rafael que avanzó hasta que el agonizante pudiera mirarla.

—Aquí está conmigo, Marcos, en mis brazos.... ¿La ves?.....

Sí que la veía, seráfica y fijamente, como sólo ven los que se mueren, y mirándola así expiró, mas expiró tan blandamente, que durante un cuarto de hora continuaron las plegarias de aquellas gentes ayudándolo á bien morir; sin miedos en el ido ni en los que se quedaban, que unos y otros conformanse con la muerte y el nacimiento—los dos grandes accidentes de la vida!—por modo rudo y primitivo, como se conforman conque el trueno venga después del rayo, la noche después del día y el reposo después de las fatigas.

El fallecimiento de Marcos precipitó el regreso de Rafael á la ciudad; no se opuso al velorio del cadáver mas no lo presencié tampoco, y encerrado con Manuela y la Nona,—que no cesaba de preguntar si Marcos se había ido ya y á dónde,—mal durmió esta segunda noche, bien arropado bajo los

embozos de las sábanas, pensando qué sería de él si no se curaba de su amor á sor Noeline.... Llegó á resolver en su insomnio, que la Nona no volvería al Colegio, con lo que él se suprimiría las ocasiones de ver á la monja; forjóse muchos planes de dedicarse á su hija, de educarla en su propia casa, dándole constantes ejemplos de buena conducta. Y en el fondo, sus sanos propósitos reíanse de él, ni más ni menos que un grupo de granujas que por algunos minutos se conservan quietos en una visita de etiqueta; ellos saben que la visita concluirá pronto, que á nada los obliga y que al salir recomenzarán sus travesuras y picardías. Sus propósitos preveían que los haría á un lado y que, sin resistencias para combatir los hechizos de la religiosa, los relegaría y rendido de locura y de pasión, había de entregarse á los mayores extremos. Los dos meses de campo no lo devolvían curado; tornaba á México convencido de que para su mal no se encuentra humana cura.

Mientras tanto, el cuerpo de Marcos, rígido ya, descansaba dentro de un toseco

ataúd hecho en unas horas por el carpintero de la hacienda. Cuatro cirios de cera, que Rafael costeó, ardían en los cuatro ángulos del modesto túmulo, y en la estancia mortuoria con idéntica libertad entraban y salían los labriegos, sus mujeres, los chicuelos y los perros. A cierta hora, el administrador reglamentó la velada, de la que fueron excluidos aquellos cuya labor del día siguiente no era de confiarse á terceras manos. Recomendó moderación y poco trago, y se marchó á descansar.

Marcos estuvo piadosamente velado, hasta donde los que lo hacían estimaban que era piedad su manera de conducirse. Hubo, sin embargo, más botellas que rezos, más ronquidos que sufragios y más apartes tan ajenos al lugar y á las circunstancias, que hubiera podido créerseles personas ilustradas. A eso de las tres de la madrugada, descubrieron á Encarnación, del lado del tinacal, forcejeando con su novia que se defendía sordamente, en silencio, tirándole coces y rasguños de yegua bravía. Por lo demás, no se registró novedad.

Muy de mañanita, antes de que el amo y

la niña Nona lo sintieran, los mozos fuertes, trastabillando de cansancio y sueño, cargaron con el cajón y seguidos de los dolientes enderezaron sus pasos al cementerio. Ellos mismos cavaron la fosa, honda, muy honda, "para que don Marcos no se les apareciera," y con precauciones y suavidades, descendieron los despojos al agujero negro que simulaba apetecerlos. Luego, conforme las paletadas de tierra floja iban rellorando la fosa, hombres y mujeres cogían puñados de esa misma tierra que arrojaban al sepulcro mascullando rezos y buenos deseos por el descanso del ánima del finado. Al retirarse, tuvieron que echar fuera del camposanto, á una vaca que se comía la yerba de los bordes de los sepulcros y que había divisado toda la maniobra con mirar aburrido, oscilándole la cola y rumiando y rumiando el césped verde, lozano y funerario.

La cercana presa mandaba el eco de sus aguas despeñadas y rumorosas.

El guayín enganchado con el tiro de lujo, las ocho mulas iguales en edad, pelaje y brío, aguardaba á los amos; en el pescante el mayoral, vestido de cuero y con sombrero

galeonado; frente á las guías, un caballero desmontado que las acariciaba, y en la trasera del carruaje dos ó tres baúles y maletas extranjeras,—restos de las correrías de Rafael por Europa,— con nombres truncos de ciudades lejanas. “Par...” “...sburgo,” “Const....”

Cuando el coche partió al todo correr de las mulas por la ancha carretera, que multiplicados y entre nubes de polvo devolvía los ruidos del látigo, cascabeles y herraduras; cuando la hacienda entera se empequeñecía al alejarse sus dueños de ella, aunque sin perder su rumor de inmenso colmenar humano; cuando quizá muy pocos pensaban en el muerto, la Nona, que no podía olvidarlo, preguntó sollozando á Rafael:

—Dime, papá, ¿á dónde se fué Marquitos?....

Y Rafael, por salir del aprieto, hizo un amplio ademán con el brazo, sin saber si atinaba con la respuesta adecuada á pregunta semejante:

—.....Allá, á las montañas, á los árboles, á la atmósfera; á fundirse y reabsorberse en el Gran Todo....

IV

Con las melancolías otoñales,—que también en el Colegio y sus dos extensos jardines hacíanse sentir,—las inexplicables lágrimas de sor Noeline fueron en aumento.

La verdad es que los tales jardines, el interior sobre todo, hubieran entristecido el ánimo mejor templado. Sus grandes árboles añosos, desnudábanse hasta adquirir aspecto de esqueletos que retorciéran sus desnudos miembros, desesperados de no poder impedir el asesino trabajo de los cierzos. Cuando obscurecía, la desolación subía de punto, y el intranquilo espíritu de la monja,—que invariablemente se refugiaba en el “jardín de adentro,” á pesar de su sole-